

VIII

Cuando se pusieron en marcha, anochecía, y cuando pasaron sobre la pala del estanque de Rochefolle, había cerrado la noche. La luna aun no había salido del bosque, y los caminos que, por aquella comarca, son abarrancados á causa de los manantiales de agua, se hallaban poco menos que intransitables.

Francisco espoleaba á la yegua para andar aprisa, pues se aburría con la Severa, y hubiera querido ya estar al lado de la señora Blanchet.

Pero la Severa, que no tenía tanta prisa por llegar á su casa, se puso á hacer la señora y á decir que tenía miedo, que había que ir al paso, porque la yegua no levantaba bien los pies y corría peligro de caerse.

— ¡Bah!, dijo Francisco sin escucharla, sería la primera vez que se arrodillaría. Si eso es señal de falta de devoción, hay que confesar, sin comparación del santo bautismo, que no se ha visto yegua menos devota!

— ¡Tienes agudeza, Francisco!, dijo la Severa, riendo, como si el muchacho hubiese dicho algo de muy gracioso y muy nuevo.

— ¡Ah!, no, señora, no tengo agudeza ninguna, contestó el expósito, que pensó que se burlaba de él.

— ¡Pero, muchacho! ¿Supongo que no vas á trotar cuesta abajo?

— Trotaremos también, pero no tenga usted miedo alguno.

El trote, á la bajada, cortaba la respiración á la gruesa Severa y la impedía hablar, lo cual la contrarió, pues contaba engatusar al muchacho con sus palabras. Pero quiso hacer ver que no era ya bastante joven para soportar la fatiga, y no dijo nada durante un buen trecho.

Al llegar al castañar, exclamó:

— Espera, Francisco, es necesario que te detengas, amigo Francisco: la yegua acaba de perder una herradura.

— Aunque así fuere, dijo Francisco, no tengo aquí clavos ni martillo para herrarla.

— Pero no hay que perder la herradura. ¡Cuesta dinero! Bájate y búscala.

— ¡Par diez!, la estaría buscando dos horas sin encontrarla entre los helechos! Y mis ojos no son faroles.

— Sí, Francisco, sí, dijo la Severa con cierta sorna, aunque en tono amistoso; tus ojos brillan como luciérnagas.

— ¿Los ve usted detrás de mi sombrero?, contestó Francisco, descontento de lo que él tomaba por burlas.

— No los veo ahora, dijo la Severa con un suspiro tan grande como ella; pero los he visto otras veces.

— Nunca le han dicho á usted nada, replicó el inocente expósito. Bien pudiera usted dejarlos tranquilos,

pues no le han hecho ninguna insolencia, ni le harán migaja.

«Creo, dijo aquí la criada del cura, que podría saltar un trozo de la historia. No es muy interesante el saber todas las malas razones que buscó aquella mala pécora para sorprender la religión de nuestro expósito.»

«Tranquílcese, tía Mónica, contestó el agrador. Sé que hablo delante de jóvenes, y no diré una palabra de más.»

«Estábamos en los ojos de Francisco, que la Severa hubiera querido ver menos cándidos con ella.»

— ¿Cuántos años tiene usted, Francisco?, le preguntó ella, probando de llamarle de *usted*, para darle á comprender que ya no quería tratarle como á un niño.

— ¡Oh!, á punto fijo no lo sé, replicó el expósito que empezaba á verla venir. No me entretengo mucho en contar mis días.

— Dicen que no tiene usted más que diez y siete años, repuso ella; pero yo apuesto que tiene usted veinte, porque es usted grande y pronto tendrá barba.

— Nada me importa, dijo Francisco bostezando.

— ¡Jesús!, va usted demasiado aprisa, muchacho. ¡Calla, he perdido mi portamonedas!

— ¡Diantre!, dijo Francisco, que no la soponía tan ladina como era, es preciso que baje usted á buscarlo, porque quizá es cosa de consideración.

Apeóse y la ayudó á bajar; ella no dejó de apoyarse en él, y él la encontró más pesada que un saco de trigo.

Ella fingió buscar su portamonedas, que llevaba en

el bolsillo, y él se apartó cinco ó seis pasos, sujetando á la yegua por la brida.

— ¡Eh!, ¿no me ayuda usted á buscarlo?, dijo ella.

— No pienso soltar la yegua, contestó él, porque piensa en su potro, y se escaparía si la soltara.

La Severa buscó á los pies de la yegua, al lado de Francisco, y en esto él comprendió que la pícara no había perdido nada, á no ser el juicio.

— Aun no habíamos llegado aquí, dijo él, cuando usted gritó que había perdido el portamonedas. Por consiguiente no es fácil que lo encuentre por aquí.

— ¿Crees por ventura que es una farsa, tunante?, contestó ella queriendo tirarle de la oreja; porque creo que te burlas.

Pero Francisco retrocedió y no quiso retozar.

— No, no, dijo, si ha encontrado usted sus escudos, vámonos, porque tengo más ganas de dormir que de bromear.

— Entonces charlaremos, dijo la Severa después que hubo montado otra vez en la grupa, detrás de él; esto distrae y hace olvidar el aburrimiento del camino.

— Yo no necesito distraerme, replicó el expósito; no me aburro.

— ¡Esa es la primera frase amable que me dices, Francisco!

— Si es una frase amable, me ha salido sin querer, porque no sé decirlas.

La Severa empezó á rabiarse; pero aun no se rindió á la verdad.

— Es preciso que este muchacho sea un simple, pensó ella. Si yo le hiciera perder el camino no tendría más remedio que pasar más tiempo conmigo.

Y trató de engañarlo, y de hacerle tomar á la izquierda cuando él quería doblar á la derecha.

— Nos extravía usted, le decía ella; es la primera vez que pasa por estos parajes. Los conozco mejor que usted. Escúcheme, pues, joven, ó me hará pasar la noche en el bosque.

Pero Francisco, cuando había pasado solamente una vez por un camino, lo conocía tan bien, que no lo hubiera equivocado al cabo de un año.

— No, no, dijo, es por aquí, y yo no estoy tocado de la cabeza. La yegua reconoce también el camino, y no tengo ganas de pasar la noche errando por el bosque.

De modo que llegó á la finca de los Dollins, en que vivía la Severa, sin haberse dejado retrasar un cuarto de hora, y sin haber prestado oídos en lo más mínimo á sus galanterías: Allí quiso ella retenerlo, alegando que la noche era demasiado oscura, que el río había crecido, y que los vados estaban cubiertos. Pero el expósito no hacía caso de aquellos peligros, y aburrido de tantas palabras necias, apretó las tobillos, puso la yegua al galope, y regresó rápidamente al molino, donde Magdalena Blanchet le esperaba, inquieta de ver que tardaba tanto.

IX

El expósito no contó á Magdalena las cosas que Severa le había dado á comprender; no se hubiera atrevido á hacerlo, ni se atrevía á pensar en ello siquiera. No sé si yo hubiera sido tan juicioso como él en el encuentro; pero, en fin, el juicio no daña, y, después de todo, yo digo las cosas como son. El mozo era tan decente como una muchacha honrada.

Pero, al pensar en la aventura, durante la noche, Severa se irritó contra Francisco, cayendo en la cuenta de que quizá era menos tonto que despreciativo. Á esta idea, se le calentaron los cascos y la bilis también, y le pasaron por la cabeza proyectos de venganza.

Tanto que, á la mañana siguiente, al regreso de Blanchet, medio desemborrachado, le dió á entender que el mozo del molino era un insolente, que ella se había visto obligada á ponerle freno y á tenerle la boca á raya de un codazo, porque se había propuesto requebrarla y besarla al volver de noche por el bosque con ella.

Esto bastaba y sobraba para sacar de quicio á Blanchet; pero á ella le pareció que aun no era bastante, y se burló de él porque dejaba en su casa, con su mujer, un mozo que tenía la edad y el humor á propósito para distraerla.

De un golpe, Blanchet se puso celoso de su mujer y de su amante. Coge su bastón de fresno, se cala el sombrero hasta los ojos, como un apagador sobre un cirio, y se va corriendo al molino, sin tomar resuello.

Afortunadamente, no encontró allí al expósito. Había ido á cortar y destallar un árbol que Blanchet había comprado á Blanchard de Guerín, y no debía volver hasta la noche. Blanchet hubiera ido á encontrarlo en seguida, pero temió que los jóvenes molineros de Guerín se burlasen de él y de sus celos, que eran extemporáneos después del abandono y el desprecio que hacía de su mujer.

Hubiera esperado su regreso, á no ser por el fastidio de pasar el resto del día en su casa, y porque la querella que deseaba buscar á su mujer no duraría bastante para ocuparlo hasta la noche. Nadie puede enfadarse mucho tiempo cuando se enfada solo.

Después de todo, hubiera arrostrado las burlas y el fastidio por el placer de zurrar al pobre expósito; pero como, andando, se había serenado un poco, pensó que aquel maldito expósito no era ya un niño, y que así como tenía edad para enamorarse, tenía también edad para ponerse la cólera ó la defensa en las manos. Todo esto hizo que tratase de coordinar sus ideas bebiendo grandes tragos de vino sin decir nada, dándole vueltas en su cabeza al discurso que iba á hacer á su mujer y no sabiendo por donde empezar.

Le había dicho, al entrar, en tono áspero, que te-

nía que hacerse escuchar, y ella estaba allí, como de costumbre, triste, un poco altiva, y silenciosa.

— Señora Blanchet, dijo al fin, tengo una orden que darle á usted, y si usted fuese la mujer que parece y que pasa por ser, no hubiera esperado que se la advirtiese.

Detúvose como para respirar, pero el hecho es que casi se avergonzaba de lo que iba á decir, pues su mujer llevaba la virtud escrita en la cara como una oración en un devocionario.

Magdalena no le ayudó á explicarse. No dijo una palabra y esperó el final, pensando que iba á reprocharle algún gasto, y muy ajena de sospechar el asunto de que se trataba.

— Hace usted como si no me oyera, señora Blanchet, prosiguió el molinero, y, sin embargo, ¿si la cosa es clara? Hay, pues, que echarme ese trasto fuera, cuanto antes, porque basta y sobra.

— ¿Echar qué?, dijo Magdalena asombrada.

— ¡Echar qué! ¿no se atrevería usted á decir echar á quién?

— ¡Pero por Dios! Hable usted siquiera de modo que le entienda.

— Me haría usted perder la sangre fría, gritó Blanchet mugiendo como un toro. Le digo á usted que ese expósito está de más en mi casa, y que si todavía le encuentro aquí mañana, le echaré á palos, si no prefiere pasar por debajo de la rueda de mi molino.

— Muy mal hablado y muy mal pensado, señor Blan-



EL TROTE, Á LA BAJADA, CORTABA LA RESPIRACIÓN Á LA SEVERA

chet, dijo Magdalena que no pudo retenerse de ponerse blanca como su cofia. Acabará usted de perder su oficio si despide á ese muchacho, pues no encontrará otro igual para hacer su trabajo y contentarse con poco. ¿Qué le ha hecho ese pobre chico para que le quiera echar tan duramente?

— Me pone en ridículo; sépalo usted, señora, y no quiero ser la burla del país. Él es el amo en mi casa, y el trabajo que hace aquí merece ser pagado á garrotazos.

Magdalena necesitó algún tiempo para comprender lo que su marido quería decir. No tenía la menor idea de ello, y le expuso todas las buenas razones que se le ocurrieron para apaciguarlo é impedir que se obstinase en su capricho.

Pero lo único que consiguió fué aumentar su cólera, y cuando él vió que Magdalena se afligía de perder á su buen servidor Francisco, entró en celos y le dijo palabras tan duras que ella al fin abrió los oídos, y se puso á llorar de vergüenza, de altivez y de pena.

La cosa empeoró; Blanchet juró que su mujer estaba enamorada de aquella «mercancía de hospital», que ello le daba vergüenza por ella, y que si no echaba aquel expósito de casa sin deliberar, juraba molerlo á palos.

Magdalena le contestó más alto de lo que acostumbraba, que era dueño de despedir á quien le diese la gana, pero no de ofender ni de insultar á su honrada esposa, y que ella se quejaría á Dios y á los santos

del paraíso como de una injusticia que la perjudicaba y lastimaba demasiado. Y así, de palabra en palabra, vino, sin quererlo, á reprocharle su mal comportamiento, y á decirle esta gran verdad: que el que tiene la reputación empañada, quisiera hacer caer en el fango la de los demás.

La cosa fué de mal en peor, y cuando Blanchet empezó á ver que la razón no estaba de su parte, apeló como único remedio á la cólera. Amenazó á Magdalena con cerrarla la boca de un revés, y lo hubiera hecho si Juanito, atraído por el ruido, no hubiese venido á ponerse entre los dos sin saber lo que tenían, pero pálido y descompuesto de oír aquella disputa. Blanchet quiso alejarlo, y él lloró, lo cual sirvió de pretexto á su padre para decir que era mal criado, cobarde, llorón, y que su madre no haría cosa buena de él. Levantóse luego, y cortando el aire con su bastón dijo que iba á matar al expósito.

Al verle tan furioso, Magdalena le cerró el paso con tanta valentía que le desconcertó, y él se dejó hacer por sorpresa. La mujer le quitó de las manos el bastón y lo tiró lejos al río. Después de lo cual le dijo, sin amilanarse:

— No hará usted su perdición escuchando su mala cabeza. Piense que una desgracia es obra de un momento cuando se pierde el tino, y si no tiene humanidad, piense en sí mismo y en las consecuencias que una mala acción puede tener para la vida de un hombre. Hace tiempo que anda usted por malos pasos, y

el camino que sigue, sabe Dios á dónde le puede conducir. Yo le impediré, al menos hoy, que se precipite en un mal peor que tendría su castigo en este mundo y en el otro. No matará usted á nadie; vuélvase allá de donde viene y no busque el desagravio de una afrenta que nadie le ha hecho. Váyase usted; yo se lo mando por su bien, y es la primera vez en la vida que le mando algo. Y obedecerá, porque va usted á ver que no por esto pierdo el respeto que le debo. Le juro por mi fe y por mi honor que mañana el expósito no estará ya aquí, y que podrá usted volver sin peligro de encontrarlo.

Esto dicho, Magdalena abrió la puerta de su casa para hacer salir á su marido, y Blanchet, confuso de verla adoptar aquella actitud, contento, en el fondo, de marcharse y de haber obtenido sumisión sin exponer el pellejo, calóse otra vez el sombrero, y sin decir nada más, se volvió á casa de la Severa. Se alabó ante ella y otros de haber zurrado á su mujer y al expósito; pero como no había tal cosa, la Severa saboreó su placer en humo.

Una vez sola, Magdalena envió sus ovejas y su cabra al campo, bajo la custodia de Juanito, y se fué al extremo de la esclusa del molino, á un recodo de terreno que la corriente del agua había socavado y donde habían brotado, de viejos troncos de árboles, tantos retoños y ramas que formaban una gran espesura. Allí iba con frecuencia á comunicarse con Dios, sin que nadie la distrajera; podía ocultarse detrás de las

altas hierbas, como una gallina de río en su nido de verdes ramillas.

Una vez allí, se arrodilló para hacer una buena oración, de que tanta necesidad tenía y de la cual esperaba gran consuelo y fortaleza; pero no pudo pensar en nada más que en el pobre exposito á quien había de despedir y que le quería tanto que se moriría de pena. Así es que no pudo decir nada á Dios, sino que era demasiado desdicha para ella el perder á su único sostén y separarse de un ser tan querido. Entonces lloró tanto y tanto, que fué milagro que volviera en sí, pues cayó sofocada sobre la hierba, y permaneció allí sin sentido durante más de una hora,

Á la caída de la tarde procuró rehacerse; y como oyese á Juanito que volvía cantando con el rebaño, se levantó como pudo y fué á preparar la cena. Poco después oyó venir los bueyes que traían la encina comprada por Blanchet, y Juanito corrió contento al encuentro de su amigo Francisco, á quien había echado de menos durante todo el día. El pobre Juanito había tenido mucha pena al ver á su padre furioso con su madre, y había llorado en el campo sin poder comprender lo que había entre ellos. Pero la pena de los niños dura lo que la flor de un día, y el hijo de Magdalena ya no se acordaba de nada. Cogió á Francisco de la mano, y, saltando como un pájaro, lo trajo al lado de su madre.

El expósito no tuvo que mirar dos veces á Magdalena para ver sus ojos encarnados y su rostro lívido.

— ¡Dios mío!, pensó, alguna desgracia tenemos.

Y se puso también á palidecer y á temblar, y á mirar á la molinera, pensando que ella le hablaría. Pero ella le hizo tomar asiento á la mesa y le sirvió la cena sin decir nada, y él no pudo tragar un sólo bocado. Juanito comía y hablaba solo, y se había tranquilizado, porque su madre le besaba de vez en cuando y le excitaba á cenar bien.

Acostado el niño, mientras la criada arreglaba el cuarto, Magdalena salió, haciendo seña á Francisco de que fuese con ella. Cruzó el prado y marchó hasta la fuente. Allí, haciendo un esfuerzo, dijo:

— Hijo mío, la desgracia pesa sobre nosotros, y Dios nos infiere un rudo golpe. Ya ves como sufro; por la amistad que me tienes, procura tener el corazón menos débil, porque si no me sostienes, no se qué va á ser de mí.

Francisco no adivinó nada, aunque desde luego había supuesto que el mal venía del señor Blanchet.

— ¿Qué dice usted?, contestó á Magdalena besándole las manos como si hubiera sido su madre. ¿Cómo puede usted pensar que me faltará corazón para consolarla y sostenerla? ¿No soy su servidor por todo el tiempo que me toque vivir en este mundo? ¿No soy su hijo que trabajará por usted, y que tiene ya bastante fuerza para no dejar que le falte á usted nada? Deje estar al señor Blanchet, déjele que se arruine, si tal es su idea. Yo les mantendré y vestiré, á usted y á Juanito. Si es preciso que les deje durante algún tiempo,

me alquilaré, ¡pero no lejos de aquí!, á fin de poderlos ver todos los días y venir á pasar con ustedes los domingos. Pero ya soy bastante fuerte para trabajar en el campo y ganar el dinero que ustedes necesitan. ¡Es usted tan razonable y sabe arreglarse con tan poco! ¡Pues bien!, no se privará usted tanto por los demás, y vivirá mejor. Vamos, vamos, señora Blanchet, mi querida mamá, tranquilícese y no llore, porque si llora, creo que voy á morir de pena.

Viendo que el muchacho no había comprendido nada y que había que decírselo todo, Magdalena encomendó su alma á Dios y se decidió á la gran pena que se veía obligada á causarle.

X

— Vamos, vamos, Francisco, hijo mío, dijo ella, no se trata de eso. Mi marido aun no está arruinado, si no conozco mal el estado de sus negocios; y si no fuese más que el temor de verme necesitada, no tendría tanta pena. El que se siente con ánimo de trabajar no teme la miseria. Puesto que es preciso decirte por qué sufro tanto, has de saber que Blanchet se ha puesto furioso contra ti, y no quiere que sigas en casa.

— ¡Cómo! ¿es eso?, dijo Francisco levantándose. Entonces que me mate en seguida, ya que no puedo existir después de semejante golpe. Sí, que acabe conmigo, porque hace mucho tiempo que le estorbo, y me odia de muerte; ya lo sé. Á ver, ¿dónde está? Quiero ir á buscarlo y decirle: «Dígame usted por qué me echa. Quizá encuentre yo respuesta á sus malas razones. Y si se empeña, dígalo, á fin de que..., á fin de que...» No sé lo que me digo, Magdalena; de veras, no lo sé; me desconozco, y no veo claro; tengo el corazón transido y la cabeza me da vueltas; con seguridad, voy á morir ó á volverme loco.

El pobre expósito se arrojó al suelo y se golpeó la cabeza con los puños, como el día en que la Sabel había querido llevarlo al hospicio.